

NEREA RIESCO



MORGANA

NOTA DE LA AUTORA

Morgana le Fay es un personaje esencial de la leyenda artúrica. Su nombre aparece por primera vez en un texto del siglo XII. Su autor la presenta como un hada bella, poderosa, benefactora, con conocimientos en astronomía y medicina. Es a partir de los escritos del siglo XIII cuando su figura se deforma hasta convertirse en una horrible bruja, la ancestral antagonista de su hermano Arturo.

En las siguientes páginas sigo la pista de las apariciones de Morgana en los textos clásicos. Sirviéndome de la imaginación, relleno los huecos que los escritores dejaron vacíos, destacando aspectos de su vida que pasaron por alto, los que nos permitirían comprender la complejidad de un personaje fascinante.

N. R.

«Es experta en el arte de curar y sobrepasa al resto de sus hermanas por su radiante belleza. Morgana es su nombre. Ella sabe muy bien cuál es la virtud de cada planta a la hora de curar las enfermedades del cuerpo, y también conoce el arte que le permite transformar su apariencia y, con plumas recién surgidas, atravesar los aires como si fuera Dédalo».¹

Vida de Merlín

GEOFFREY DE MONMOUTH (en torno al 1150)

Primera aparición de Morgana en un texto literario

¹ G., Monmouth, G. d. (1994). *Vida de Merlín*. España: Siruela.

1

NACIDA DEL MAR

«¿Acaso las gentes del mar no aseguran que el castillo
de Tintagel está encantado
y que, por sortilegio, dos veces al año, en invierno
y en verano, se pierde
y desaparece a la vista? Pues ahora ha desaparecido».²

Tristán e Isolda

JOSEPH BÉDIER

Llegué al mundo uno de esos días en los que el castillo de mi padre se torna invisible. Habréis escuchado hablar de ello en los versos y canciones que los bardos lanzan al viento, pero, aunque no podáis creerlo, quienes habitaban dentro de los límites de la fortificación desconocían aquella singularidad. Todos, incluidos los animales, desaparecían junto a la fortaleza, sin que sus cuerpos o sus mentes sufrieran daño alguno. Podían verse y tocarse entre ellos, de manera que seguían con sus vidas como si tal cosa, ajenos a la magia que los envolvía y de la que formaban parte. Y se hubieran mantenido ignorantes de no ser

² Bédier, J. (2011). *La historia de Tristán e Isolda*. España: Acantilado.

por el mensajero que Aurelio Ambrosio y Úter, los hijos del antiguo rey Constantino, enviaron para solicitar la ayuda de mi padre. Los jóvenes caballeros desembarcaron en la isla unas semanas antes para enfrentarse al usurpador Vortigern, dispuestos a recuperar el reino que por derecho les pertenecía. Para una empresa de semejante magnitud necesitaban todos los brazos armados que pudieran movilizar.

Al mensajero le indicaron que encontraría el castillo del duque Gorlois de Cornualles caminando hacia poniente, dejando el mar a su izquierda. Pero al aproximarse al lugar en el que la fortaleza debía surgir majestuosa sobre la roca, el hombre, asomado al acantilado, tan solo intuyó su perfil difuso; sinuoso, titilante, similar a como se ve el mundo cuando estás al borde del llanto. Según iba acercándose, el castillo perdía presencia. Se diluía acuoso, dejando traslucir lo que quedaba tras él, hasta que terminó por desaparecer en su totalidad. Ni la fortificación de piedra y madera, ni las cabañas de los campesinos y los artesanos, ni las huertas, ni los establos, ni los jardines... nada. No quedó nada. Ni siquiera el poderoso muro que en el pasado levantaron los gigantes para defender el puerto. La fortaleza al completo había desaparecido.

El mensajero, contrariado, observó el fenómeno y chascó la lengua. Antes de partir le advirtieron que Tintagel rozaba el fin del mundo, que se trataba de un lugar prodigioso en el que cualquier extravagancia era posible. La eventualidad de su desaparición resultaba de lo más inconveniente (habéis de saber que el mensajero era un hombre meticuloso al que sacaba de quicio el disloque de sus planes), más aún cuando estaba en juego el futuro de Britania.

Al morir el rey Constantino, los nobles se enzarzaron en agrias discusiones sobre la disyuntiva que suponía su sucesión. Por una parte estaba el mayor de sus hijos: Constante, que ha-

bía consagrado su vida a la religión y ejercía como monje de la iglesia de Anfíbalo, en Güintonia. Por otra, los dos hijos menores, Aurelio Ambrosio y Úter, que aún dormían en cunas y que, en lugar de hablar, balbuceaban palabrejas babosas. Estando así las cosas, ninguno de los tres se encontraba en disposición de ostentar la dignidad real.

Fue entonces cuando Vortigern, el jefe de los gewiseos, se adelantó a todos y marchó en busca del primogénito. Le convenció de que debía abandonar los hábitos y hacerse cargo del reino. Acalló sus titubeos asegurándole que él le acompañaría, le aconsejaría, le serviría de apoyo y alivio, de manera que Constante aceptó la propuesta y depositó en él toda su confianza. El día en que el nuevo rey amaneció con el cuerpo cosido a puñaladas, se corrió la voz de que el asesino pertenecía al pueblo de los pictos, pero que en realidad su mano estaba guiada por el propio Vortigern.

Los regicidios no eran desconocidos en Britania, aunque servirse de semejante triquiñuela se consideraba recurso de intrigantes, impropio de hombres de honor. Incluso para ser asesino había que guiarse por unas normas de comportamiento morales. Pero no dio tiempo de valorar su integridad. Vortigern era un hombre ambicioso y predispuesto a la traición. Le importaban poco las críticas y pronto se colocó sobre la cabeza la diadema real.

Los leales a la sangre de Constantino se levantaron en armas y Vortigern condujo sus tropas por las ciudades, aniquilando a todo aquel que no accediera a someterse, incluidos mujeres, niños y ancianos. Estaba dispuesto a masacrar a su pueblo a cambio de conseguir sus objetivos. Los mejores soldados fueron asesinados y, pese a ello, Vortigern no encontraba un momento de paz. Era incapaz de frenar la rebeldía que burbujeaba. En cada región se escondía un enemigo al acecho y ya no

sabía en quién confiar. Hizo llamar a hombres de tierras lejanas para que le ayudasen en su campaña. Unos cuantos llegaron dispuestos a poner sus armas al servicio de Vortigern, entre ellos los sajones, con Hengist a la cabeza. Le sirvieron con tanta eficacia que se ganaron su confianza, hasta tal punto que acabaron tomándole bajo su control. Convirtieron a Vortigern en su marioneta.

Los ayos de Aurelio Ambrosio y Úter, temiendo que los niños corrieran la misma suerte que su hermano mayor, solicitaron ayuda al rey Budicio, que los aceptó en su corte. Pusieron el mar de por medio, rumbo a la Britania Menor. Pero de eso hacía mucho tiempo, y ya se sabe que el tiempo redefine los inconvenientes. Aurelio Ambrosio y Úter ya eran dos hombres y llevaban años reuniendo una importante flota con la que regresar para vengar a su hermano y reconquistar el reino de Britania.

El mensajero tenía orden de entregarle a mi padre la convocatoria para unirse a la lucha. Que el castillo de Tintagel se esfumase delante de sus ojos suponía un verdadero fastidio. El sol amenazaba con sumergirse en el mar. Los días eran cortos y pronto oscurecería. El viento agitaba las ramas de los árboles y la niebla comenzaba a descender, tiñendo el mundo de gris. El hombre llegó a la conclusión de que debía desandar el camino y descender la colina, en dirección a la última aldea que había dejado tras de sí, en busca de un lugar en el que pasar la noche. La alcanzó cuando comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia.

La aldea estaba compuesta de un grupo de casitas iguales las unas a las otras, hechas con madera de roble y techo de paja, junto a lo que parecían graneros o establos. Rodeaban una pequeña iglesia de piedra que, con el tiempo, había acabado forrada de musgo. Al sur se intuía un sendero ascendente. Sobre

la leve loma, una construcción más grande de lo habitual, con un cobertizo adosado, despedía el olor áspero de la fermentación de levadura de cebada. Allí sin duda elaboraban cerveza, lo que parecía indicar que se trataba de una taberna. Con suerte tendrían espacio para acoger a un viajero y su montura.

Desde fuera, el mensajero escuchó un clamor de voces y risas, pero al atravesar la puerta se hizo el silencio. El interior estaba oscuro y el ambiente era denso. De las vigas pendían cuatro faroles con los cristales velados por el humo. Había mesas, sillas, banquetas y arcones situados en torno a un cuadrado de piedras que acogía el fuego. Sobre él, un armazón de hierro de forma piramidal sujetaba un puchero en el que borboteaba un estofado de cerdo, cebolla y zanahorias. Desprendía un delicioso aroma. Las tripas del mensajero rugieron, haciéndole consciente en ese mismo momento del hambre que tenía.

Los aldeanos giraron sus cabezas y fijaron sus ojos en él. No parecían muy hospitalarios.

—Buenas noches —saludó el mensajero, mostrándoles su mejor sonrisa.

Un hombre de espaldas anchas se le acercó, secándose las manos en un mandil.

—¿Qué queréis? ¿Qué andáis buscando a estas horas por aquí? —le preguntó con gesto ceñudo.

Y es que no eran los mejores tiempos para acoger a desconocidos.

—Busco hospedaje para mí y acomodo para mi yegua —respondió él con el tono sosegado que usaría para hablar con un perro que le enseñara los dientes—. Traigo un mensaje para el duque Gorlois de Cornualles, pero el castillo...

El mensajero vaciló durante dos segundos que se hicieron eternos.

—El castillo... —repitió el tabernero con mirada suspicaz.

¿Cómo terminar la frase? ¿Acaso pensaba decir que el castillo había desaparecido delante de sus ojos? No quería que lo tomaran por loco.

—El castillo... pues... pues... que se me ha hecho tarde —zanjó sonriente—. No lo alcancé de día.

El tabernero hizo un repaso a cada rincón de su anatomía en silencio. Debió concluir que era inofensivo, porque aspiró el aire de forma ruidosa y se encogió de hombros.

—No vemos forasteros muy a menudo por aquí. Sentaos —le indicó señalando una mesa vacía—. ¡Gwyneth! ¡Gwyneth! ¿Dónde estás, calamidad? Pon comida en esta mesa.

Una joven de ojos tristes se le acercó con una bandeja en la que llevaba pan de centeno, mantequilla, tarta de moras, una escudilla de estofado caliente y una jarra de cerveza. El mensajero la observó con atención, pero ella, a pesar de encontrarse allí en cuerpo, parecía tener el alma en otro lugar. En uno muy muy lejano. O quizás más allá.

—Gracias —le susurró él cuando la tuvo cerca.

Ella le lanzó una mirada esquiva y se dio la vuelta, alejándose sin responder.

—¿Permitís que os pregunte qué clase de mensaje le traéis al duque? —El tabernero le frenó los pensamientos, que se le habían quedado enredados en el vuelo de la falda de Gwyneth.

—Vengo en nombre de los hermanos Aurelio Ambrosio y Úter.

Un murmullo inundó la taberna y la muchacha, que en esos momentos se afanaba en darle vueltas al estofado, pareció volver en sí.

—¿Los hijos del rey Constantino? —preguntó con los ojos muy abiertos. Su voz sonó desafinada, porque la pobre Gwyneth le daba poco uso.

El mensajero asintió orgulloso, masticando un pedazo de pan que acababa de meterse en la boca.

—Desembarcaron en Totnes hace quince días —aclaró, después de tragar con dificultad. Le dio un buche a la jarra de cerveza y continuó hablando—: Sus aliados acudieron de todos los rincones para recibirlos y rendirles homenaje. Las altas jerarquías del clero ungieron rey a Aurelio.

—¿Y qué hemos de esperar? —preguntó el tabernero—. He vivido lo suficiente como para ver nuestras ciudades enfrentadas, a nuestras gentes matándose sin piedad, a los bárbaros sembrando el caos...

—Pero todo eso va a cambiar —interrumpió el mensajero con jactancia—. Aurelio y Úter ya tienen edad de colgarse una espada en la cintura y el rey Budico les ha enseñado a luchar. Echaron sus barcos al mar y los encomendaron al viento, que con sabiduría los trajo hasta aquí, hasta su destino. Han regresado de Armórica para quedarse.

—¿Solo dos hombres contra un ejército de salvajes? —intervino en la conversación uno de los parroquianos, que estaba sentado en la mesa de al lado.

—Están reuniendo a todos los britanos que estén dispuestos para la lucha. No van a permitir que esos viles sajones devasten el reino de su padre. Vienen a auxiliar a sus compatriotas.

—¿Y qué pasa con el felón de Vortigern? —preguntó Gwyneth.

—¡Calla, criatura! A ti no te ha dado nadie vela en este entierro —la reprendió el tabernero.

El mensajero se puso de pie de un brinco, cogió el cuchillo de la mesa y, con actitud de espadachín, comenzó a hablar, sin apartar los ojos de la joven.

—Cuando el rey Aurelio Ambrosio tomó posesión de la corona dijo —carraspeó un par de veces e impostó la voz

para dar solemnidad a sus palabras—: «Vortigern traicionó a Constantino, mi padre. Convenció a mi hermano Constante para abandonar el monasterio en el que servía a Dios para imponerle la dignidad real solo con la intención de manipularlo a su antojo y asesinarlo cuando no le servía. Se hizo con la corona y trajo a la isla de Britania a sucios paganos que le ayudaron a derrotar a mis leales. Ese pueblo impío se mezcló con nuestras gentes y exterminó a nuestra nobleza, destruyó nuestros templos sagrados, arrasó nuestras tierras... Vortigern es el primero que debe pagar por sus miserias. Y solo tras ello, compatriotas, volveremos las armas contra los bárbaros que nos amenazan y arrancaremos nuestro país de sus sucias garras».

Aplausos y vítores inundaron la taberna: «¡Bravo!! ¡Bravo!!». El mensajero hizo varias reverencias, girándose en todas direcciones, y volvió a sentarse, dispuesto a seguir dando cuenta de su cena.

—¿Y cómo van a librarse de Vortigern? —preguntó de nuevo la muchacha, interrumpiendo el alboroto.

—Por todos los santos, Gwyneth... —protestó el tabernero—. Disculpadla, señor. Me ha salido insolente y preguntona. Y, para colmo, tiene la cabeza llena de pájaros.

—Vortigern está escondido en el castillo de Ganarew —respondió el mensajero, dirigiéndose una vez más a ella—. Hacia allá se encaminan ahora mismo. Por eso es urgente que avise al duque para que se reúna con ellos. Todos los hombres serán pocos para enfrentar esta lucha.

—El castillo de Tintagel tardará dos días en volver a hacerse visible —respondió Gwyneth, casi en un susurro, encogiéndose de hombros.

—Ponle otra cerveza al señor. Nadie quiere escuchar tus tonterías —la interrumpió el tabernero.

Ella agachó la cabeza, apartando la mirada.

—Yo sí quiero escucharte —le susurró el mensajero sin que nadie se diera cuenta cuando ella se acercó para recoger el vaso vacío.



Esa noche, Gwyneth esperó a que todas las luces de la taberna se hubieran apagado para colarse en el cuarto del mensajero. Se deslizó en su cama y supo cómo agradecerle las pocas palabras amables que había recibido en los últimos meses. Es posible que fuesen las únicas que le habían dedicado en toda su vida. Se amaron con prisa, para apagar la sed, y luego despacio, para saborearse. Al terminar, se quedaron abrazados, acariciándose.

—Era verdad que quería escucharte —dijo él, rompiendo el silencio—. Cuéntame lo que sepas del castillo de Tintagel.

—Nadie se atreve a pronunciar en voz alta lo que pasa allí.

—Pues dímelo al oído.

—¡No te burles de mí! —protestó ella incorporándose, frunciendo el ceño de forma infantil y haciendo ademán de buscar su ropa, aunque sin mucha determinación.

—No lo hago. De verdad. —La sujetó por el brazo y la atrajo de nuevo hacia él—. Cuéntamelo.

Gwyneth sonrió y volvió a posar la oreja en el pecho del mensajero. En realidad no quería marcharse, así que se alegraba de que se lo hubiera impedido.

—El castillo está encantado desde que el duque se casó con lady Igraine —dijo como si tal cosa, mientras trazaba círculos con la yema del dedo índice en torno al pezón del mensajero—. Lady Igraine es un ser extraño.

—¿Un ser extraño?

La joven se encogió de hombros y pareció dudar. Pronunció un par de frases un tanto deslavazadas, por lo que el mensajero dedujo que la rareza de mi madre consistía en ser una duquesa hermosa que nunca se había tenido que enfrentar al trance de batir su propia mantequilla.

—Lady Igraine es una sirena³ —comentó al percibir que la atención de su interlocutor decaía.

—¿Una sirena? ¿Quieres decir que cintura para abajo, en lugar de piernas, tiene cola de pez?

—¡Claro que no! —indicó con rapidez. Pero acto seguido pareció dudar—. O... no sé... Quizás sí. Casi seguro que sí. Nadie sabe en realidad de dónde ha salido lady Igraine. Apareció de la nada. Desde que ella vive en el castillo ocurren cosas que no se pueden explicar. El lechero, Richard —aclaró—, que ha estado dentro, dice que, una vez allí, cuando cruzas una puerta pensando que al otro lado está, por ejemplo, la cocina, de súbito te encuentras en medio de un páramo. O que abres otra, porque quieres ir al establo, y acabas al fondo de la cueva que hay en la playa, empapado de agua salada, sin tener ni la menor idea de cómo has llegado hasta allí. Y yo le creo. Le creo de verdad, porque Richard no es lo bastante listo como para inventarse esas cosas. —Gwyneth aguardó unos segundos a que el mensajero manifestara alguna señal de estupor, fascinación o

³ El castillo de Tintagel lo construyó, sirviéndose de magia, el rey Gradlon de Ys, como regalo para su adorada hija. Pero la princesa Dahut era tan bella como lujuriosa y sembró el reino de vicios, de manera que un providencial diluvio arrastró al pueblo de Ys hasta lo más profundo del océano. De su antigua grandeza solo quedó el castillo de Tintagel, que navegaba entre el mundo real y el de las hadas. Se decía que la hermosa Dahut tuvo descendencia y que dejó la costa de Tintagel infestada de sirenas.

extrañeza. En su ausencia, consideró adecuado seguir añadiendo ingredientes prodigiosos a su narración—. Y... y... hay espíritus. Y se oyen voces... y como pasos de piecillos por los corredores. Y...

—Sí que es raro —la interrumpió él, sin dejar de acariciarla—. Aunque lo que de verdad me parece increíble es que un castillo desaparezca sin más.

—Es que no desaparece.

—Ah... ¿no?

Gwyneth negó con gravedad antes de añadir:

—El castillo sigue ahí, lo que pasa es que se encoge hasta quedar como una bellota.⁴ —Hizo el gesto de sostener el fruto invisible con los dedos índice y pulgar, para dejar claro el minúsculo tamaño que alcanzaba—. No puede verse porque los ranúnculos son más altos.

—¿El castillo está oculto entre los ranúnculos?

—O entre la dedalera, si es verano —puntualizó Gwyneth.

⁴ Gwyneth estaba en lo cierto, aunque desconocía la circunstancia última por la que el castillo de Tintagel encogía. Los incautos que no examinan con cuidado el terreno en el que prevén edificar sus edificios se arriesgan a hacerlo en territorio de hadas. Si estas ven invadido su espacio pueden tomar medidas drásticas, que incluyen el traslado o destrucción del edificio en cuestión, sin importarles que se trate de una casa particular, una iglesia o un castillo. Se conoce el caso de una familia de Hibernia cuyo granero se adentraba en uno de los senderos que las hadas utilizaban para acudir a sus danzas nocturnas. De madrugada, la casa parecía cobrar vida. Se oían extraños ruidos, como de arañazos en las puertas o de rechinar de dientes. Las paredes temblaban y el fuego de la chimenea oscilaba. Los extraños fenómenos no cesaron hasta que la familia demolió el irrespetuoso granero. Por fortuna para el duque, el castillo de Tintagel se encontraba en un camino que los seres feéricos solo utilizaban durante los solsticios de verano y de invierno, de manera que se limitaban a encoger el edificio esos días, para que no interfiriese en sus idas y venidas.

—Pues tendré que ir allí y empezar a arrancar hierbajos para encontrar al duque, porque el asunto es urgente.

—Ya te dije que el castillo volverá a verse dentro de dos días. Pero debes tener cuidado cuando entres. Lady Igraine podría convertirte en puerco.

—¿Por qué en puerco?

—O en queso.

—¿No tendrás hambre por casualidad? —se carcajeó el mensajero.

—O en un tronco seco para lanzarte al fuego y así hacerte desaparecer. —Gwyneth parecía preocupada de verdad. Se incorporó y le miró fijamente a los ojos—. En serio. Debes tener cuidado.

—Lo tendré —prometió el mensajero.



Dos días después, tal y como Gwyneth había predicho, el castillo surgió sobre el acantilado en todo su esplendor, y el mensajero pudo entregar su comunicado. Mi padre tardó una semana más en convocar a sus hombres para la guerra. Al despedirse de mi madre, ella le informó que habían pasado tres lunas desde su última sangre menstrual. Él la observó, esperando. Llevaba mucho tiempo anhelando ese milagro esquivo. Mi padre deseaba más que nada en el mundo un heredero, una criatura que llevase su nombre a la que poder legar el ducado de Tintagel. Había visto a otras mujeres palidecer y enfermar en las mañanas, haciendo ascos a las comidas. Sus pechos crecían, perdían la cintura y sus vientres se engrosaban. Pero mi madre no mostraba ninguno de aquellos síntomas. Seguía igual de serena y etérea.

—Eso quiere decir que... ¿vamos a tener un hijo? —musitó aún sin creerlo.

—Quizás sea una niña.



Mientras mi padre estuvo luchando, la vida en el castillo continuó adelante sin mayor sobresalto. Mi madre decía que el embarazo le daba sueño y se volvió perezosa; se levantaba a media mañana. Ni el canto del gallo, ni las campanas de la capilla, ni el martilleo del herrero en el yunque variaron esa rutina. Cuando se despertaba, una de las damas le llevaba a la cama pan de centeno, queso y leche. Ella masticaba despacio, sonriente, dejando que le cepillaran el cabello una y mil veces mientras escuchaba sus chismorreos y reía. Ya vestida, si hacía buen día, salían a pasear por el jardín para que le diera el sol y luego regresaban para seguir componiendo el ajuar que acogería mi llegada. Pero el tiempo pasaba. Hacía más de un mes que en la huerta de Tintagel habían florecido los manzanos y no se percibía en mi madre señal alguna de que estuviera en cinta. Su cuerpo era igual de breve y espigado que el día de su boda, de modo que pronto surgieron rumores de que su embarazo podía ser una más de sus ensoñaciones.

Dos semanas más tarde, los sirvientes del castillo estaban inmersos en los preparativos para la noche de Litha⁵, así que no se percataron de la ausencia de mi madre hasta la hora nona. Se preguntaron unos a otros, pero nadie sabía decir desde hacía cuánto tiempo faltaba. La buscaron infructuosamente en todas

⁵ En Litha, el sol alcanza su cenit en el firmamento. Es el día más largo del año. El cristianismo lo renombró como «la noche de San Juan».

las estancias del castillo, en los corredores, en los miradores y en los jardines.

Nada.

Decidieron bajar a la playa de guijarros que quedaba bajo la fortaleza, aunque era una locura pensar que pudiera encontrarse allí, pues la costa de Cornualles llevaba varios días sufriendo el azote de las tormentas. El estruendo del mar desestabilizaba los nervios de los habitantes de la casa y espantaba a las bestias. Pero sabían que a mi madre le gustaba ir allí para escapar del desinterés que sentía por la gente del castillo, entre los que se incluía su propio esposo. Se sentaba en una roca y observaba el mar mientras cantaba en un idioma desconocido, desenredando su larga melena con un peine de plata.

Una de sus damas de compañía descendió los estrechos escalones, húmedos y resbaladizos por culpa de la tormenta, poniendo atención en no despeñarse. El viento soplaba en todas direcciones, enredando su cabello frente a los ojos, impidiéndole ver lo que quedaba delante. Una ráfaga le arrancó el echarpe con el que se cubría los hombros y eso la hizo trastabillar. Si se descuidaba, podría acabar con el cuerpo destrozado, al final de las escaleras.

—Maldita mujer —murmuró entre dientes.

Intentó contrarrestar la fuerza de la maldición persignándose, pero enseguida volvió a aferrarse a la baranda. Tenía que sujetarse con ambas manos para bajar con un mínimo de estabilidad. «¿Dónde se habrá metido? No solo se pone en peligro ella. A los demás también nos expone».

Ya estaba oscureciendo. La luna luchaba por asomarse entre las nubes, proyectando un brillo empañado.

—¡Señora! ¡Señora! ¡Lady Igraine! —gritó.

Pero el viento rabioso arrancó las palabras de su boca. Las envolvió, dejándolas inservibles, enviándolas al recóndito lugar

al que van a parar los besos de amor que desearíamos haber dado, pero que nunca dimos.

Llegó al final de la escalera justo cuando un relámpago se clavaba en el horizonte marino, anticipando el retumbar del trueno. El bramido de las olas le ponía la piel de gallina; su ropa estaba húmeda, se sentía incómoda. Los pies se le hundían en la arena de la playa mientras caminaba en dirección a la cueva.

—Lady Igraine... —musitó al adentrarse en la oquedad de la pared.

De pronto sintió temor. Y es que esa cueva daba miedo. Y más en la oscuridad.

Le vino el pensamiento de que podría encontrarse con una desgracia. ¿Qué haría si tropezaba con el cuerpo sin vida de su señora? Eso sería horrible. Cuando regresara el duque, mi padre, los mataría a todos por descuidar a su esposa. El corazón golpeaba el pecho de la dama con el desorden de un tonel despeñándose por una escalera.

—Lady Igraine... —repitió con la garganta seca.



Con el paso de los años, la historia de cómo aquella dama de compañía nos encontró a mi madre y a mí se convirtió en leyenda, al igual que otras tantas circunstancias de mi vida. Dijo que mi madre estaba serena, sentada en una roca, conmigo desnuda en su regazo. Que el mar rugía a intervalos. Que las olas jadeaban.

—¡Por todos los santos! —clamó, acercándose para cobijarme entre sus brazos—. ¡Habéis dado a luz sin ayuda!

Al posar sus ojos en mí, tuvo que tomar aire para contener un grito. Se le erizó el pelo de la nuca. Por un instante

pensó que yo estaba muerta, porque no me movía ni emitía sonido alguno. Mi piel blanca y lisa contrastaba con el lustroso pelo oscuro y ondulado que coronaba mi cabeza, como algas varadas en la playa, impropio de una criatura recién nacida.

—¡Por todos los santos! —volvió a susurrar.



Cuando mi padre regresó a Tintagel, yo ya había vivido dos lunas llenas. Se marchó convencido de que mi madre daría a luz sin estar él en casa y batalló durante todo ese tiempo ignorando si yo era niño o niña. En un par de ocasiones, los hombres brindaron a la salud de su primogénito. Pero él apenas sonrió y bebió sin levantar el vaso, temeroso de tentar al diablo y que la criatura que aún no había llegado al mundo se malograra. Según la tradición romana, el valor residía en los varones. Sería un orgullo aportar un heredero al ducado, un caballero, un cazadragones que le daría aún más brillo a su estirpe. Y esa grandeza dependía de algo sutil, diminuto, una leve protuberancia que lo determinaba todo. Pero nací sin ella entre las piernas.

—Es una niña, Gorlois —le informó mi madre nada más verle.

—Una niña... —murmuró él.

El hombretón que acababa de llegar de la guerra sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Poco importaba que hubiera encabezado las huestes que se dirigieron al castillo de Gannaw, donde Vortigern estaba escondido, que hubiera dado la orden de asediar sus murallas o que hubiera sido el primero en prenderle fuego a la fortaleza por los cuatro costados hasta

constatar que los demonios habían arrastrado a Vortigern hasta lo más profundo del infierno. Todo su valor desapareció ante la cuna en la que yo me encontraba.

—Una niña...

Mi padre era consciente de lo que la gente decía de su esposa. A todo ello había que añadir las majaderías que el mensajero le contó respecto a la invisibilidad del castillo. Aunque nunca le prestaba atención a los murmullos de la plebe, ahora que sabía que yo era una niña, sentía cierta desazón. ¿Heredaría una hembra las peculiaridades de la madre?

—Tiene los ojos del color del mar —dijo tragando saliva.

—La trajo el mar. Como al hada Clíodhna⁶. En la novena ola —informó mi madre sin dejar de sonreír.

—Como al hada Clíodhna...

Mi padre me observó, perturbado. ¿Acaso no sería ese tono de piel nacarado el indicativo de algún tipo de tara? Había escuchado historias de hombres que enlazaban su estirpe con seres feéricos. Aquellas criaturas sensuales y misteriosas imponían absurdas condiciones a sus esposos: «No debes verme durante el parto, no debes verme mientras baño a nuestros hijos, no debes verme durante el novilunio»... A veces, de esas uniones nacían seres deformes. Mi padre sintió un nuevo estremecimiento. Lady Igraine también le hizo prometer que jamás la vería desnuda. Y él lo había respetado. Dormían en alcobas separadas, sus encuentros amorosos se pactaban con días

⁶ Figura femenina de la mitología celta. Se la describe de gran belleza. Reina de la Tierra Prometida, diosa del mar, patrona del condado de Cork. Podemos encontrarnos con ella en la costa, pues se presenta en cada novena ola que rompe en la orilla. Dispone de tres pájaros mágicos, capaces de curar a los enfermos con su canto y cuya alimentación se basa en manzanas de un árbol que no es de este mundo. Se cree que ella misma puede convertirse en ave marina.

de antelación y se producían a oscuras. Él palpaba lo justo, temeroso de descubrir alguna monstruosidad en un descuido. Volvió los ojos hacia mí. ¿Acaso debajo de los echarpes no escondería yo, sangre de su sangre, una cola escamosa? ¿Qué haría él en ese caso?

Con el corazón en un puño, apartó despacio la ropa, dejando expuesta mi piel opalescente en la que se podían distinguir los caminos que trazaban mis venas. Revisó cada pulgada de mi diminuto cuerpo en busca de anomalías. Al llegar a la altura del ombligo, tragó saliva; terminó de apartar las mantas y suspiró aliviado. Recorrió con su índice las dos piernecitas que me alejaban del mito y me asentaban en el mundo real. Más tranquilo, contó los dedos de mis manos y mis pies, revisó mis uñas y que mi paladar estuviese cerrado. Colocó su manaza de guerrero en mi pecho para comprobar que el corazón me latía de forma rítmica.

Sonrió satisfecho. Yo era perfecta.

—¡Es perfecta! —exclamó antes de acogerme entre sus brazos.

Tiempo después me contó que nos quedamos mirando un buen rato, en silencio, como si nos estuviéramos reconociendo. Entonces lo supo: me amaba. Me amaba intensamente, como nunca amó antes a ninguna otra mujer. Como nunca amaría a nadie en el futuro. Y decidió que pondría todo su empeño en que yo recibiera la educación y el adiestramiento de un duque. De un primogénito. Yo sería una digna heredera del ducado, una dama que le daría aún más brillo a su estirpe. Él facilitaría que una mujer de su sangre accediera a todas esas dignidades. ¡Si hasta los cristianos aseguraban que santa Marta domesticó a un dragón! Su hija no iba a ser menos.

—Mi pequeña cazadragones, con ojos del color del mar —endulzó la voz, henchido de orgullo.

—Ya te dije que la trajo el mar —repitió mi madre.
Y aquello determinó mi nombre.



Morgana me llamaron, porque nací del mar⁷. Y como el mar soy. Tengo el cabello ondulado y oscuro, y la piel salada. Como sus profundidades en una noche cerrada, soy insondable en la calma e insondable en la tempestad. El mar es caótico, inexacto, desordenado..., perfecto. Nadie observa el vaivén de las olas pensando que la menos espumada está defectuosa. Nadie en la orilla aprecia incómodo su monótono murmullo. Las personas se sienten atraídas por el mar. La tierra ancla sus pies, pero al sumergirse en el mar son libres. En el ir y venir de sus olas encuentran consuelo. Eso les gusta. Pero también lo temen. Ser libre y responsable de la propia existencia siempre asusta.

Como el mar, soy serena y acogedora. Mezo, susurro, canto, bramo. También soy impetuosa, inquieta e imprevisible. A veces, emotiva y pasional. Otras, enigmática e inquebrantable. Pero nunca falsa.

⁷ La etimología del nombre de Morgana se debate desde hace siglos. La teoría más extendida considera que procede del galés *morcant* o *morgan*, que significaría ‘nacido del mar’. También podría partir de la expresión latina *mori-gena*, es decir, ‘nacida del mar’. El folklore bretón refuerza esa idea de ninfa acuática (Geoffrey de Monmouth la llama *nympha*) al hablar de unas sirenas conocidas como *morgan* o *mari morgan*. Un manuscrito del siglo IX señala que se trata de una antigua palabra bretona: *mormoroin*, ‘sirena’. Tras una discusión acerca de las diversas etimologías que habrían dado lugar al nombre de Morgana, Christian Guyonvarc’h y Françoise Le Roux propusieron una solución filológica al indicar que estaría formado por *mor*, ‘grande’, y *rigain*, ‘la reina’. Morgana sería, por tanto, ‘la gran reina’.

Nunca falsa.

Si lo hubiese sido..., si hubiese caminado de puntillas en lugar de marchar con el paso firme y la barbilla alta, si hubiese asentido las veces que dije «no» y hubiera pronunciado un «sí» para resguardarme en un rincón tranquilo, si me hubiera mantenido en silencio en lugar de denunciar a gritos traiciones o injusticias, si hubiese bajado los párpados ante quienes merecieron mi mirada de rabia, dolor o ira, si no hubiera ambicionado la gloria y la sabiduría, si hubiera congelado la alegría, apagado la pasión o amado con apatía..., si no hubiese besado labios prohibidos, ahora mi historia no tendría para vosotros mayor interés. Mi nombre, con suerte, sería un adorno en las leyendas que narran las gestas de mi hermano y sus nobles caballeros.

Pero no soy falsa.

La vida de cada persona tiene distintas versiones: la real y la que se inventan los otros. Yo, Morgana le Fay, os voy a contar mi versión de la mía.

2

MURYANS

«Cuando Gorlois salió a caballo a buscarla, sintió que el corazón se le paraba de amor, solo por un momento, con la perfecta alegría de un padre y marido feliz. La pequeña Morgana fue la primera en verlo y llamó a su padre con su aguda voz infantil, y por poco no se lanzó bajo los cascos de su corcel antes de que Gorlois la levantara para cogerla en sus fuertes brazos morenos».⁸

Batalla de reyes
M. K. HUME

Mis primeros años de vida suenan a olas rompiendo contra el acantilado de Tintagel y a hojas de hiedra agitadas por el viento. Huelen a salitre, al musgo que aterciopelaba los muros y a los vapores de guerra que mi padre traía consigo al regresar al castillo. Por muy romántica que sea la imagen que os hayáis hecho de una batalla a caballo durante el invierno en Britania, os garantizo que la combinación de frío, barro y sangre no tiene nada de poética. Cada enfrentamiento era

⁸ Hume, M. K. (2014). *Batalla de reyes* (Profecía de Merlín 1). España: Penguin Random House Grupo Editorial España.

para los hombres más una prueba de supervivencia que de valentía.

Tras la muerte del traidor Vortigern, Aurelio Ambrosio reunió a los barones y príncipes del reino en Eboracum. Les soltó una memorable soflama donde comparaba Britania con una copa rebosante de deliciosa ambrosía que romanos, sajones, anglos, jutos... (y resto de extranjeros aún por nombrar) intentaban apurar hasta la última gota, dejando sedientos a sus legítimos propietarios. Algunos de los oyentes no sabían lo que era la ambrosía, pero captaron a la perfección la idea. Fueron capaces de dibujar en su mente esa copa repleta de vino del Mediterráneo, como un delicado cáliz de oro con incrustaciones de piedras preciosas zarandeado, manoseado y profanado por las impuras manos de los bárbaros. Como es natural, todos se mostraron indignados.

Llegados a ese punto, el rey Aurelio Ambrosio les manifestó su compromiso de volver a colocar las cruces en los campanarios de las iglesias, de recomponer la sede metropolitana de la ciudad y los obispados de la provincia, de revocar las leyes que habían caído en desuso, de reconstruir los pueblos y ciudades arrasados y de incentivar a las gentes para que volvieran a repoblarlos, devolviendo a los legítimos herederos las posesiones que les fueron arrebatadas a sus ancestros.

Mi padre se comprometió de lleno en el proyecto de poner orden en la isla. El nuevo rey lo necesitaba a su lado porque Britania, lejos de estabilizarse, parecía pender de delicados hilos. Como decían los romanos, *si vis pacem, para bellum*. Pero la paz era una plaza difícil de conquistar y el gran duque Gorlois de Cornualles era un puntal fundamental para llevarlo a término. Pronto sus opiniones, sus hombres y su manera de enfrentar las batallas se hicieron imprescindibles. Junto a Úter, el hermano del rey, recorría las tierras de norte a sur, instaurando la

paz a golpe de guerra, de manera que, para mi desolación, mi padre era una presencia intermitente en el castillo. Solo entre batalla y batalla regresaba, y entonces el patio se alborotaba con el olor a cuero de las guarniciones, del barro pisoteado, del sudor de hombres fornidos y de caballos agotados que anhelaban agua fresca y forraje limpio.

Y yo comencé a relacionar la felicidad con todo aquello.

Gorlois de Cornualles era alto y fuerte. La gente decía que yo heredé el color marino de sus ojos, los huesos largos, el cabello fosco y oscuro. Era célebre por su bravura, pero conmigo se comportaba como un cordero. Recuerdo verle llegar a lomos de su caballo con nombre de dios del trueno. Taranis era ligero como el viento, enérgico, de cuello arqueado, pecho ancho, ollares vibrantes y enormes ojos negros. En Britania no se criaban ejemplares con ese porte y elegancia. Taranis procedía del reino de Danann, donde los caballos estaban hechos de ímpetu y llamas⁹.

Yo corría a su encuentro con lágrimas en los ojos, llamándole a gritos. Nadie le importaba a mi padre más que yo. A nadie saludaba antes que a mí. Me alzaba entre risas alborozadas y nos apretujábamos muy fuerte, mucho tiempo.

—¡Abrázame hasta el infinito! —le decía yo.

—No permitas que corra el aire entre nosotros —respondía él—. Que no pase ni una brizna de brisa.

Y yo me aferraba a su cuello con todas mis fuerzas, sintiendo la fría presión de la *lorica hamata* con la que protegía su pe-

⁹ Los caballos del reino de Danann podían vivir cien años. Se herraban con herraduras de plata, sus bridas eran doradas y en su testera lucían una gema a modo de estrella. Vivían en establos ocultos en las cavernas de las colinas. Jamás se consintió que un esclavo los montara. El reino de Danann era enorme y poderoso, pero con el avance de la cristiandad fue languideciendo.

cho, hasta que los brazos me temblaban y dolían. Entonces esperaba unos segundos. Incluso cuando dolía, aún podía soportarlo un poco más si centraba mi atención en el tacto áspero de sus manos, en la barba pinchando mi mejilla, en su voz grave susurrándome dulzuras: «Te quiero más que a mi vida, mi princesa». «Te he echado tanto de menos...».

Guardo en la memoria subir con él a una de las torres del castillo. Desde esa altura me mostraba orgulloso lo que en un futuro serían mis dominios. Desde lo más profundo de los bosques circundantes se pierde de vista la fortaleza, pero al liberarse del abrazo de los árboles surge hermosa, valiente, y todos los caminos permiten acceder a ella. Y entonces no solo los forasteros se deslumbran ante la belleza de Tintagel; los que ya conocen el castillo pueden percibir que en aquel lugar se atesoran todos los misterios.

El reducto fortificado que coronaba la colina acogía la capilla y un buen número de casitas de piedra y madera habitadas por quienes atendían los graneros, el depósito de agua, los establos, la herrería, la carpintería, los talleres y los almacenes. En el interior del recinto también vivían caballeros armados, responsables de la defensa del castillo. En el patio había un jardín con árboles frutales y un manantial de agua cristalina. Las construcciones estaban separadas las unas de las otras por un enlosado de piedras bruñidas dispuesto en una leve pendiente, sobre el que resbalaba el agua de lluvia para evitar que en los días de invierno hubiera que caminar entre barrizales. En medio estaba el majestuoso castillo, con sus torres y torrecillas, erigiéndose por encima de todos y todo, dando testimonio del poder que heredamos de nuestros antepasados.

Si mirábamos al este, veíamos la floresta salpicada de fresnos y robles añosos, bajo cuya sombra crecen dedaleras salvajes, reinas de los prados, escaramujos, violetas silvestres y otras hierbas

de dulce aroma en caminos en los que aún se podía seguir el rastro de la antigua raza. Mi padre los llamaba «Gente Menuda»¹⁰ y tenían la capacidad de transfigurarse en el animal de su elección. Se decía que eran las almas de antiguos paganos que en el pasado cometieron un terrible pecado que nadie recordaba ya, lo bastante malo como para impedirles ascender al cielo, pero no lo suficiente como para enviarlos derechos al infierno. Ante esa disyuntiva, su condena consistía en achicarse con cada transformación. En un principio, la Gente Menuda tenía el mismo tamaño que un humano normal, pero sus cuerpos fueron encogiéndose a diferentes ritmos hasta alcanzar el tamaño de las muryans¹¹. Viven en las colinas huecas, se mecen en las corolas de las prímulas y cabalgan a lomos de los grillos hasta los prados floridos, donde celebran sus fiestas en las noches de luna llena.

—Hay que tratar con respeto a las muryans —me explicaba mi padre—, algunas son hadas.

Debéis saber que las hadas son lo que les das. Pueden manifestarse corteses y agradecidas con quienes les profesan cortesía y agradecimiento. Vendrán a entreteneros con sus cabriolas cuando estéis enfermos, os susurran al oído exquisitas soluciones para atajar problemas e hilarán vuestra lana en la oscuridad de la noche. En el caso contrario, si les faltáis al respeto, si cometéis el terrible error de enojarlas, agriarán la leche de las vacas y le darán la nata a los gatos, estropearán la rueca, volcarán la olla de las berzas, enredarán vuestros cabellos y os da-

¹⁰ En Hibernia se los conoce como *Sidhe*. En la zona de Lindum Colonia se refieren a ellos como «Los Extraños». Estos seres feéricos tienen tendencias maliciosas y, en ocasiones, se muestran rencorosos, algo bastante peliagudo, ya que jamás olvidan una ofensa. Sus venganzas pueden resultar terribles; si te odian, lo harán para siempre.

¹¹ Palabra cornoica para designar a las hormigas.

rán pellizcos mientras dormís hasta dejaros la piel del color de las nubes de tormenta. Y eso solo por faltarles al respeto. Algunas hadas son particularmente peligrosas debido a la elegancia de sus movimientos, al candor de sus miradas y al aroma a hierba recién cortada que las envuelve. Todo ello en su conjunto las hace parecer inofensivas, cuando en realidad pueden arrastrar a los incautos a una muerte segura con solo chasquear sus delicados dedos.

Si soplaban viento del sur, y las brumas se disipaban, regresaba el color a Tintagel. Entonces podíamos ver el camino que llevaba a la fortaleza de Dimilioc, al sudoeste. También pertenecía a mi padre y se tenía por una de las mejores de Britania. Estaba pensada para la defensa, no para la comodidad. Quien intentara traspasar sus muros desgastaría todas sus energías antes de acceder a la parte inferior del recinto y, aunque el enemigo consiguiera esta hazaña, todavía tendría que enfrentarse a una batalla encarnizada para acceder a la torre del homenaje.

A nuestros pies quedaban los arrecifes, mordisqueados por las olas. El océano rodeándonos casi por completo: norte, oeste y sur. El agua parecía extenderse hasta el infinito, replicando el color del cielo. Aquel abrazo azulado solo se veía alterado por los rayos del sol, que sacaban destellos de piedras preciosas en la superficie del agua. Pero cuando el viento cambiaba, frente al acantilado se desataba el infierno. La costa quedaba a sotavento y era una trampa mortal para los barcos. Muchos encontraron allí su fatal destino.

—Este es el lugar más seguro de Cornualles —proclamaba orgulloso mi padre—. Y esta la fortaleza digna del rey de los cornovios. Y tú eres la princesa. Mi preciosa princesita cazadragones.

—Cazar dragones... —repetía yo escrutando las nubes, por si podía intuir en ellas el remolino que provocarían sus aleteos.

Pero como ya os he dicho, aquellos placenteros momentos junto a mi padre eran huidizos, como la arena de la playa que atrapas en un puño. Cuanto más intentaba retenerlos, más rápido se me resbalaban entre los dedos.

El tiempo en Tintagel transcurría lento en su ausencia.



¿Recordáis a Gwyneth? La muchacha de la taberna que fue un poco más que amistosa con el mensajero. ¿Sí? Pues he de deciros que se quedó corta al detallar lo que la gente de la aldea murmuraba sobre mi madre. Tenían la certeza de que a mi padre le había sucedido lo mismo que a Lutey, el pescador¹² que en-

¹² Según la leyenda celta, Lutey, un pescador de Cornualles, tropezó con una hermosísima sirena en apuros varada en la playa. Compasivo, la tomó en sus brazos para devolverla al mar, gesto que ella agradeció concediéndole tres deseos. El primero que Lutey pidió fue deshacer los hechizos de las brujas. El segundo, conseguir que los espíritus familiares actuaran por el bien de los demás. El tercero, que los otros dos dones se transmitieran a sus descendientes. La sirena consideró que se trataba de un buen hombre, así que le prometió que nadie de su familia pasaría penurias y le entregó un peine mágico que le permitiría comunicarse con ella siempre que lo necesitase. Pero la fuerza de los brazos de Lutey terminó por enamorarla, de manera que no quiso separarse de él. Cuando llegaron a la orilla, ella le rogó que la acompañase. La voz de la sirena era suave y ululante como las olas. Lutey sintió que todo su cuerpo quería ceder ante el requerimiento de aquella belleza marina. Para su fortuna, los ladridos de su perro le sacaron del trance. Recordó a su esposa y a sus hijos y rechazó la propuesta de la sirena. Fue en ese momento cuando se reveló la naturaleza más oscura y siniestra de los seres del agua. La sirena se aferró al cuello de Lutey con la intención de arrastrarle con ella a lo más profundo del océano. Lutey sacó su cuchillo de hierro (metal que repele a sirénidos y hadas) y la amenazó con él. La sirena se alejó llorando y gritando: «Adiós, amado mío, hasta

contró una sirena varada en la playa, solo que mi padre, en lugar de devolverla al mar, se casó con ella, convirtiéndola en duquesa.

No estaba segura de si mi madre me quería con la misma intensidad que mi padre. Lady Igraine era una mujer difícil de interpretar. Su belleza serena producía un efecto hipnótico en los que quedaban cerca del halo invisible que la envolvía. El universo se confabulaba para adornarla, como si las estrellas brillaran para replicarse en sus ojos, como si los rayos de sol se colasen por las ventanas los días despejados con el único propósito de sacar reflejos de oro viejo en sus cabellos. Los sirvientes bajaban la voz en su presencia, mi padre aspiraba el aire a sorbos cuando ella se le aproximaba, y hasta los perros de caza echaban atrás las orejas y dulcificaban los ojos ante la promesa de sus caricias. Pero ella no parecía darse cuenta. Solo sonreía. Siempre siempre sonreía. O sería mejor decir que sus labios dibujaban una mueca similar a un retozo dulce, desprovisto de pasión. Cuando hablaba, sonreía. En silencio, sonreía. Si yo hacía una travesura, sonreía. Si llovía, sonreía. Si tronaba, sonreía. Si las damas le informaban de algún desajuste en el orden diario, sonreía. Sonreía siempre. Serena, equilibrada, indolente. Era suya esa belleza que se opaca al contacto con la melancolía, y por eso ignoraba de forma consciente los vaivenes de la vida. Aquello me resultaba tan perturbador que yo, por mantener un mínimo equilibrio en las emociones de la familia, me negaba a sonreír a no ser que fuera por algo objetivamente divertido. Y así fue como me granjeé la fama de niña adusta.

dentro de nueve largos años. Entonces volveré a por ti». Los dones concedidos por la sirena permitieron que Lutey y sus descendientes prosperasen como curanderos célebres, aunque él solo pudo disfrutar de su talento durante nueve años, al cabo de los cuales, un día que se encontraba navegando junto a su hijo, la sirena emergió de las aguas. Lutey dijo: «Ha llegado mi hora». Se lanzó al océano y jamás volvieron a verle.

Además de desenredar sus cabellos con el peine de plata, a lady Igraine le gustaba tejer. Pasaba la mayor parte del tiempo absorta en elaborar tapices por los que deambulaba un ecosistema de seres inauditos que jamás nadie del castillo vio surcando tierra, mar o aire: unicornios libidinosos recostados en el regazo de damiselas virginales, centauros malencarados trotando sobre un mar atestado de sirenas, dragones de gesto travieso a lomos de elefantes minúsculos, hincando los colmillos en sus cuellos...

—A los dragones, en verano, les gusta beber sangre de elefante. Es más fresca que la de los demás animales —revelaba mi madre sin mirarme, concentrada en su labor—. Los dragones esperan escondidos en el fondo de los lagos a que sus presas se acerquen. Y cuando más distraídos están los elefantes bebiendo..., ¡zas!, se lanzan sobre ellos y les chupan toda la sangre. —A mí aquello me parecía aterrador, así que encogía el rostro, por lo que ella se apresuraba a ponerle un colofón de justicia a la historia—. Pero los elefantes al morir caen sobre los dragones y los aplastan.

Yo gateaba bajo el telar quimérico de mi madre, tirándole de la falda, demandando su atención: hambrienta de amor. Ella me miraba sorprendida. Parecía rebuscar en su memoria: ¿quién es esta niña? ¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere de mí? Entonces suspiraba resignada, como si acabara de caer en la cuenta de que tenía una hija. Me acariciaba el rostro con gesto apacible y me besaba la frente, cerrando los ojos con languidez. No tardaba mucho en alzar la mirada en busca de alguna de las damas de compañía. Ellas ya sabían que entonces tenían que hacerse cargo de mí para que mi madre pudiera seguir tejiendo sin la prosaica interrupción de una criatura.

En invierno, si mi padre no estaba, era habitual que durmiese con ella, más por motivos prácticos que por su propio deseo. Las estancias del castillo eran frías y en su alcoba mantenían el

fuego encendido toda la noche. Las pesadas cortinas de terciopelo que cubrían el dosel nos protegían de las corrientes en los días más crudos. Allí, entre los cobertores de piel, para que me atrapase el sueño, mi madre me hablaba de Epona, la diosa de los caballos que tanto me gustaban; de Lugh, dios y maestro en todo tipo de artes; de Arianrhod, la diosa de la luna, responsable de las idas y venidas del mar, la que me depositó en la orilla de la playa en la novena ola.

—¿Cómo se sabe cuándo hay que empezar a contar las olas? —le preguntaba yo, convencida de que podría mantenerla despierta dándole conversación hasta el amanecer.

—Es tu decisión. Eliges una ola y esa es la primera. Todo empieza cuando tú lo decides.

—Todo empieza cuando yo lo decido... —repetía con la mirada fija en uno de los flecos dorados del dosel, dispuesta a esquivar el sueño.

—Vamos a contar olas —me proponía.

Así es como aprendí a contar hasta mil. O quizás hasta dos mil.

No me gustaba dormir porque me planteaba dudas. ¿Qué ocurría mientras dormíamos? ¿El tiempo se paraba? ¿El resto del mundo seguía vivo mientras yo dormía? ¿Lograría el sol hacerse paso en medio de la oscuridad si yo no me despertaba para verlo salir? Además, mis sueños nunca eran tranquilos. La mayoría se desarrollaban dentro del tapiz de mi madre. Hebras negras para mis cabellos. Lana cruda para mi túnica. Azules, esmeraldas y grises en el cielo y el mar. Oro y verde en las escamas de los dragones que abrían sus fauces. Balumbas de fibras naranjas y amarillas que alcanzaban a mi padre. Y él, yaciendo en suelo, con el pecho salpicado de hilo rojo.

Dormir resultaba aterrador.

No creo que el padre Edwin hubiera visto con buenos ojos que por las noches yo cerrase los míos escuchando descripcio-

nes sobre las excelencias de dioses paganos. La realidad es que mis padres se entendían con la religión cristiana de manera práctica. Cuando el emperador Constantino proclamó el cristianismo religión oficial del Imperio, se edificaron capillas e iglesias en todas las aldeas, pueblos, ciudades y castillos de Britania con la pretensión de espantar a los antiguos dioses. Aunque hacía tiempo que los romanos se habían marchado, dejaron aquí sus huellas. Como la desafección no podía medirse, pero sí las ausencias, mi madre acudía diariamente a escuchar misa a la capilla que se encontraba dentro del recinto de la fortaleza, con el estoicismo de quien visita a un familiar enfermo. Trataba de manera cortés al padre Edwin y escuchaba los sermones con sus ojos verdemares posados en los de él, sin observarle realmente. Su mirada traspasaba el cráneo del religioso, el cuadro tras él que representaba la Natividad y los gruesos muros de piedra. Aunque el cuerpo de mi madre estaba presente, su espíritu no. Este flotaba libre por encima del castillo el tiempo que duraba la misa. Eso se le daba bien: estar pero no estar, aunque casi todos creyeran que sí. Buena parte de quienes entablaran una conversación con lady Igraine la describirían como una interlocutora lúcida, atenta y comunicativa. Pocos se daban cuenta de que eran ellos quienes ponían las palabras, mientras que mi madre era la encargada de intercalar silencios y sonrisas.

El padre Edwin, que en general no destacaba por su sagacidad, era uno de los que creían que *estaba*. Lady Igraine entonaba los salmos con su voz de ángel, dejándole obnubilado, prácticamente al borde del éxtasis. Para el religioso, aquellos delicados cantos, en combinación con su tez sonrosada, con su boquita de botón de rosa, con sus manos blancas colocadas con delicadeza sobre el misal, con su largo y dócil cabello..., eran la prueba palmaria del talante sumiso de mi madre, propio de una dama de su alcurnia. Siguiendo la misma lógica, a

mí me miraba con suspicacia. Mi oscuro cabello indomable, el perpetuo ceño fruncido, los ojos coronados de negras pestañas acogiendo iris color fondo del mar que le escudriñaban sin traspasarle, quedándose clavados en su cerebro, daban muestra de una impertinencia impropia de una niña de mi linaje.

Por suerte mis padres no me obligaban a asistir a misa si yo me resistía a hacerlo.

Y me resistía en bastantes ocasiones.

Mi idea del mundo se forjó en esos primeros años. Tenía la forma de un tapiz gigante por el que deambulaban las personas y animales con los que me cruzaba cada día, pero que también estaba habitado por quimeras, endriagos, nereidas, hipogrifos, mantícoras y resto de seres extravagantes que mi madre componía con sus hilos. Me arrastró a su universo de fantasía, donde ambas estábamos protegidas de la realidad de la vida, mientras transitábamos de puntillas por los quehaceres prosaicos de los que se encargaban los sirvientes. Crecí acompañada por seres que despertaban en mí sentimientos contradictorios: me fascinaban y aterraban en igual medida. Creedme si os digo que desde entonces no me han abandonado.

Pero no os confundáis: yo tenía para lady Igraine el mismo valor que la lanzadera de madera de su telar, quizás incluso menos, porque ese utensilio le servía para algo, y yo no era más que un detalle prescindible en la decoración de su vida.

Antes dije que no estaba segura de que mi madre me quisiera de igual manera a como lo hacía mi padre, pero he mentido. No estuve segura durante algún tiempo. Más tarde comprobé que lady Igraine no me querría jamás como me quiso mi padre.

Habréis de darme la razón cuando conozcáis el resto de la historia.